

*Artículo publicado en el periódico El Universal, el 16 de octubre de 1979.*

## CAMINOS MENTALES DEL PRI

“Entre las naciones, como entre los individuos, el respeto al derecho ajeno es la paz”. Y el respeto a la libertad ajena es la democracia. Y el respeto al bienestar ajeno es el socialismo. *Ergo*: se puede construir un socialismo democrático mexicano, inspirándose únicamente en las tradiciones políticas más mexicanas.

Se podría apostar que estos fueron los caminos mentales seguidos en el PRI para haber escogido a Oaxaca como sede de la reunión definitoria, verdadero parteaguas que marcará un “antes de” y un “después de” en la historia del PRI.

El haberse reunido en Oaxaca permite suponer que los priistas se colocaron filosóficamente bajo la protección del “Benemérito de las Américas”, y no, devotamente, de la “patrona de América”, con lo cual la independencia del PRI quedaría demostrada, no sólo respecto de la socialdemócrata Internacional Socialista, sino también de las democracias cristianas, aliadas hoy de Estados Unidos.

Rompiendo el obedecido principio de que en México todo se puede hacer impunemente, menos llamar las cosas por su verdadero nombre (¿en qué otra parte llaman a los ciegos: invidentes; a los huevos, blanquillos, y a la socialdemocracia, democracia social?), el secretario de Gobernación, en insólitas declaraciones recientes, aceptó el socialismo democrático como viable para nuestro país. Pero da la pícara casualidad de que bajo tal denominación, y desde hace cien años, nació y evolucionó en Europa el proyecto sociopolítico de los partidos socialdemócratas que le han dado a aquel subcontinente su fisonomía actual. En consecuencia, el socialismo democrático debería ser —es— de acuerdo con la retórica habitual y socorrida del PRI, una “doctrina exótica”. Lo que explica que se esté haciendo circo, maroma y teatro para hacernos olvidar que el PRI ha sido, desde hace algún tiempo, miembro observador en todas las reuniones de la Internacional Socialista, y anfitrión de la misma por lo menos en dos ocasiones; así como para soslayar el hecho de que en la reunión de Oaxaca coincidieron varios partidos miembros activos de dicha Internacional y uno de sus vicepresidentes, el costarricense Oduber.

Aplaudiríamos sin reservas los esfuerzos que se están haciendo por demostrar la independencia ideológica y política del PRI al crear un “No Bloque” de 22 partidos políticos latinoamericanos —todos en el poder, o

con fuerte participación ya sea en la rama ejecutiva, ya en la legislativa— si no fuera porque dicho “no bloque” responde sorprendentemente a las momentáneas necesidades políticas de Estados Unidos en Latinoamérica, con énfasis en la región de Centroamérica y del Caribe: mantener alejadas tanto a Cuba como a Europa. A la primera, para que no capitalice a su favor, política e ideológicamente, los inevitables cambios que están ocurriendo, y los que inevitablemente sobrevendrán, y para que los cambios mismos no se radicalicen bajo su influencia; a la segunda, para que los partidos socialdemócratas no actúen como instrumentos de una penetración más intensa de los capitales europeos, sobre todo germanooccidentales, en la zona de dominación norteamericana.

Cabe entonces especular acerca de si, en su proceso de inminente “socialdemocratización”, México ha cambiado últimamente de inspiración: si abandona a sus antiguos amigos Brandt, Palme, Soares y Felipe González, para fortalecer un proyecto económico político, también “socialdemocratizante”, que Estados Unidos (Carter-Kennedy) está diseñando para América Latina con el concurso de las democracias cristianas del Continente y el amplio apoyo del Papa Juan Pablo II. Pero las cosas no son tan simples como parecieran a primera vista.

La socialdemocracia es —dicho sea en forma asaz esquemática— la ampliación y profundización en el terreno social de la democracia puramente política. Es resultado de un prolongado proceso de creciente democratización que tomó lugar en Europa paralela y consecuentemente al desarrollo económico de los países que la forman. A partir de la primera guerra mundial (de la transformación del capitalismo de libre empresa y mercados a su fase monopolista y oligopólica), la socialdemocracia fue acentuando su poder político hasta convertirse hoy día en lo que parece la más viable —y lógica— expresión política de la fase transnacional plena en la que va entrando el capitalismo en nuestro momento. Este fenómeno de socialdemocratización, notable en los programas de seguridad social, de educación, de salud pública y en otros renglones del bienestar general en los países de desarrollo más avanzado, se aprecia también, aunque menos nitidamente, en las proyecciones que las corrientes europeas socialdemócratas ejercen en las políticas económicas y en los intentos por democratizar la vida política de algunos países menos avanzados, pero en marcha, como México —particularmente México— o en países de capitalismo “salvaje” como Estados Unidos, en donde también está gestándose, con muchas dificultades, una socialdemocracia típicamente norteamericana. (La expresión “capitalismo salvaje” la utilizó el socialdemócrata Mario Soares, aquí en México, durante la reunión de la Internacional Socialista en abril de este

año, de la cual, por cierto, fue anfitrión el PRI y participante en su acostumbrada calidad vergonzante de "observador".)

De ningún modo debe pensarse que la relación entre la actual estructura económica trasnacional que va adquiriendo el capitalismo, y la expresión política socialdemócrata que probablemente adquirirá, se efectuará automática o mecánicamente, ni tampoco debe creerse, ¡menos aún!, que constituirá generosa donación de los magnates trasnacionales que se están adueñando inmisericordemente del mundo. Será, como todas las reivindicaciones que han ido conquistando las clases trabajadoras, solución dialéctica en un preciso momento y una determinada etapa de la inveterada y cruel lucha de clases entre los grandes enemigos tradicionales.

En un gran número de países las clases populares no han desarrollado aún la suficiente fuerza y la organización necesarias para dar la batalla final, y darla direc-

tamente, a sus máximos opresores. (Por lo general se lucha contra capataces y administradores.) ¿Por qué? La respuesta sería tan compleja por sus múltiples aspectos que nos conformaremos ahora con anotar, sin tratar de explicarlo, un hecho tan evidente. Pero a su vez, los reponsables últimos y máximos del sistema opresor tampoco podrían aplastar, de una vez por todas y como sería su gusto, la creciente amenaza de la rebelión de los oprimidos. Si pudieran, lo harían, ¡ya lo habrían hecho!

La situación es, pues, muy clara: las fuerzas populares tienen que aceptar como aliados circunstanciales a algunas fracciones de las burguesías nacionales golpeadas por las tecnoestructuras fabulosas de corporaciones trasnacionales, y a estas fracciones de las burguesías nacionales no les queda otra opción que apoyarse en las fuerzas populares de sus respectivos países. Pero las cosas, repito, no son tan simples como parecieran ser a primera vista.

*Artículo publicado en  
el periódico El Universal el  
8 de abril de 1980.*

## EN EL SALVADOR LA SITUACION NO ES NADA "CONFUSA"

Por lo contrario: es sumamente diáfana; aunque eso sí, tiene muchos hilos en su trama. En un escenario tan local como es el del pequeño país centroamericano se están desarrollando, simultáneamente, por lo menos cuatro o cinco dramas de alcance universal.

En primer lugar se debe señalar la lucha misma del pueblo salvadoreño por su liberación, que con ser el drama principalísimo, con haber alcanzado dimensiones terribles y poseer consiguientes características propias, no rebasa, empero, el esquema tradicional de las luchas de los pueblos oprimidos latinoamericanos contra sus respectivas oligarquías opresoras, pública o hipócritamente apoyadas por el imperialismo norteamericano. De hecho esto es lo que ha constituido la repetida y sórdida historia de las relaciones de América Latina con Estados Unidos en los últimos más o menos ciento cincuenta años.

Pero ahora hay dramas concurrentes que sí aportan novedades y contribuyen, en gran medida, a imprimir a la actual batalla de El Salvador la ferocidad y el encarnizamiento que tienen horrorizada a mucha gente que ve televisión, oye radio y lee periódicos. Entre aquellos dramas cabe señalar en segundo lugar el

conflicto en el seno de la iglesia católica latinoamericana. Como es sabido, la latinoamericana refleja como ninguna otra la situación interna de la iglesia en general; conflicto que trae un movimiento uniformemente acelerado a partir del impulso dado por el Concilio Vaticano II; que tuvo un primer clímax en la reunión episcopal de Medellín, Colombia; que estuvo a punto de explotar en la también episcopal reunión en Puebla, México, y que finalmente acaba de estallar en El Salvador, donde sus corrientes en pugna, polarizadas al máximo por contradictorias interpretaciones del mandato conciliar sobre la necesaria renovación de la iglesia, prácticamente llegaron a las manos. No importa quién o quiénes hayan sido los autores circunstanciales del asesinato de monseñor Arnulfo Romero, el crimen se debe anotar en el haber de las mismas fuerzas políticas, idénticas por su origen, asesinas en 1978 de Aldo Moro, el católico político dirigente de la Democracia Cristiana italiana. A Moro lo condenó a muerte la certera visión política propia de gran líder, que le hizo comprender la justeza del "compromiso histórico", a corto, mediano o largo plazos, con las poderosas fuerzas populares encauzadas por la izquierda organizada en Italia.

Con todas las diferencias requeridas por su particularidad latinoamericana, fue en el fondo la misma causa la que también sentenció a muerte a monseñor Romero en El Salvador. Real o simbólicamente, los autores intelectuales en ambos crímenes deben buscarse entre los círculos más reaccionarios del alto clero vaticano, entre las corrientes democristianas hostiles a las actitudes de apertura hacia la izquierda asumidas por ambas